



Palermo I (Caspe, Zaragoza). Estilos regionales defensivos entre los siglos III y I a.C.: paralelos con San Antonio de Calaceite

Historiografía sobre el yacimiento arqueológico de Palermo I (Caspe, Zaragoza). La comparación del sistema defensivo con el de San Antonio de Calaceite nos lleva a concluir que se observa entre ellos un patrón repetitivo. Proponemos una hipótesis sobre la definición territorial de los “Ositanos” durante los siglos III y I a.C.

Palabras clave: estilo regional defensivo, fortificación, estelas ibéricas del Bajo Aragón, Ibérico Pleno y Tardío.

L'historiographie sur le site archéologique de Palermo I (Caspe, Zaragoza). La comparaison du système de défense avec San Antonio de Calaceite nous amène à conclure qu'on observe un schéma récurrent. Nous proposons une hypothèse sur la définition territoriale des «Ositans» pendant le III^e siècle jusqu'à le I^{er} av. J.-C.

Mots-clés: Estyle régional défensive, fortification, stèles ibériques du Bas Aragon, Ibérique moyen et récent.

Situación de Palermo

El yacimiento ibérico de Palermo I se halla en la margen derecha del tercio final del Arroyo del Regallo, Caspe (Zaragoza), dentro de una llanura caracterizada por la presencia de varias lagunas endorreicas. El límite natural septentrional de la planicie lo establece el cauce del río Ebro, al que vierte sus aguas el pequeño afluente que comentamos, mientras que el meridional lo constituyen los relieves más destacados del perímetro natural de Valmuel ya en término de Alcañiz (Teruel).

El área abarca una extensión llana, conjunto de tierras adecuadas para la agricultura, a lo que hay que sumar los recursos (caza y pesca) de las saladas con aguas permanentes, y los del propio río Ebro.

El conjunto no presenta elevaciones destacadas,

aunque sí multitud de pequeños cerros rematados por paleocanales y plataformas areniscas que permitieron, dada su relativa altura respecto a su entorno, ser potenciales lugares de ocupación desde la prehistoria por la ventaja defensiva que ofrecen (Álvarez 1990; Pellicer 2004).

Junto con el poblado de La Tallada dominaban, al menos durante el Ibérico Tardío (Melguizo 2005), la llanura a sus pies hasta el Ebro y controlaban una vía de comunicación que se dirigía hacia el suroeste, camino de un destacado conjunto de poblados del mismo periodo histórico situados en la depresión de Valmuel —La Caraza, Cabezo del Moro y El Castellar de Puigmoreno (Benavente 1983-1984: 172-180)—, extensión de tierras aluviales de unos diez kilómetros de largo por dos de ancho, muy similar en su potencialidad para la ocupación humana al tramo final

(Benavente 1984: 160) y de ahí hacia el este (Tiro de Cañón) (Beltrán Martínez 1989-1990), camino del complejo endorreico en el entorno del actual Alcañiz y el inmediato cauce del río Guadalope, donde se hallaba El Palao, núcleo más importante y centro socioeconómico de primer orden para aquel momento.

Volviendo al área concreta de este trabajo el profesor Manuel Pellicer, en los años cincuenta del siglo pasado, describió y delimitó a partir de sus prospecciones en el entorno suroccidental de la Balsa Palerma cinco enclaves de ocupación (Pellicer 1951: 395; Pellicer 2004: 104):

Palermo I: yacimiento ocupado principalmente durante todo el periodo ibérico del que vamos a tratar.

Palermo II: al norte, con ocupación del Bronce Final e Ibérica.

Palermo III-IV: al noroeste, con ocupación del Bronce Final.

Palermo V: al este, con ocupación del Bronce final, Ibérico y Periodo Romano.

A ellos se ha de añadir junto a Palermo III-IV la presencia de una villa romana altoimperial.

Palermo I fue edificado sobre dos paleocanales con eje longitudinal norte-sur que determinan la superficie de su acrópolis. La ladera noreste es la más abrupta con un desnivel cercano a los veinticinco metros salvado en breve espacio. El flanco occidental y meridional son relativamente mucho más accesibles y de ahí la presencia de fortificaciones.

Palermo: más allá de un conocimiento local

Si bien la historiografía arqueológica recoge por primera vez su *existencia* tras la visita que realizaron Pere Bosch Gimpera y Lorenzo Pérez Temprado en 1916 (Bosch 1923: 655), es momento de reconocer que la trascendencia más allá del simple ámbito local recogida a esta escala en los estudios de algunos religiosos del siglo XIX, como el trabajo de Mariano Valimaña, pero no publicados parcialmente hasta principios del XX (Rais 1909), se remonta a algunos años antes.

Testimonial pero sintomática sobre su conocimiento entre sus vecinos resulta su cita como lugar que *habitaron los romanos*, incluida en 1862 en el libro del médico Sebastián Velilla dedicado a los cercanos Baños de Fonté (Velilla 1862: 35).

En un trabajo anterior, comentamos la referencia que no llegaba más allá de lo verbal, sobre un texto de un viajero de finales del siglo XIX o principios del XX del que desconocíamos autor, fecha y origen (Melguizo 2005: 12) referido a este Palermo, lugar con hornos cerámicos y ruinas, situado en las inmediaciones de Caspe. Si bien pudiera considerarse intrascendente para esta pequeña revisión del enclave, para nosotros no lo ha sido, y por insistencia hemos llegado a determinar de quien se trataba. Gracias a la publicación de la profesora Josefina Roma (1995) pudimos determinar su autoría, la del ingeniero, excursionista y folklorista reusense Cels Gomis.

A pesar del casi absoluto olvido con que ha sido tratado en la historiografía aragonesa para el Bajo Aragón, ha de reconocerse que sus publicaciones son

pioneras y de una seriedad científica que sobrepasa con mucho otros escritos de finales del XIX e incluso del XX. Además y como él mismo decía en una de sus publicaciones (Gomis 1889: 288): “[...] sia perque en las provincias aragonesas he treballat una gran part de ma vida, és lo cas que sempre he tingut a las cosas d’Aragó quasi tanta afició con a las catalanas [...] A Aragó m’hi trobo com a casa meva”. Así que hora es ya de reconocer su mérito desde su segunda casa.

Cels Gomis, como decimos natural de Reus, escribió una serie de artículos localizados alrededor de Caspe, donde fue delegado de l’Associació d’Excursions Catalana, mientras trabajaba allí estudiando el trazado del entonces futuro tren directo de Madrid - Barcelona por Caspe, conocido como el de los Directos en los años 1880-1881.

Dedicó gran parte de su tiempo libre a su afición y vocación excursionista, hemos de reconocer que en territorios muy poco habituales o llamativos hasta entonces y aún ahora.

Entre el 1 y el 24 de agosto de 1880, recorrió y describió la desembocadura del Regallo, la depresión de Valmuel, su camino hacia Andorra y su regreso hacia Alcañiz en su artículo “Regallo Amunt”, publicado al año siguiente en el *Anuari de l’Associació d’Excursions Catalana*. Al respecto de Palermo destacamos estos apuntes, al ser la primera referencia sobre las fortificaciones del poblado:

Anant de Caspe a Fonté, y mitj’hora avans de arribar á n’aquest últim indret, se passa per una petita planura anomenada *Val-Palermo*. En aquesta vall hi ha una gran bassa pera abeurar lo bestia, bassa que s’omple ab aygua del riu Buadalope, y coneguda vulgarment en la encontrada ab lo nom de *balsa-Palermo*. Al E. de aquesta bassa hi ha una llarga fila de turons que s’exten fins á la vora dreta del Regallo, y al O. y al cim de aquestos s’hi véuhen encare las runas de la que un jorn, segons la tradició, fou la populosa ciutat de *Palermo*. [...] Lo primer turó que vaig explorar está separat del que l’segueix, per la part del N. per un camí molt fondo obert a pich en la roca arenisca, en lo qual encara avuy s’hi veuhen las senyals dels cops del picot. Aprop de aquest camí hi ha una especie de profundíssim pou, obert també á pich en la roca, quin objecte no m’explico.

Al peu de aquestas rocas hi ha una muralla circular y molt groixuda que potser formava part de un *circo* ó de un teatro.

Como hemos señalado, un año después del fallecimiento de Cels Gomis, en 1916, Pere Bosch Gimpera y Lorenzo Temprado llegan a prospectar esa misma desembocadura del Regallo en el ferrocarril que años atrás había sido proyectado por el excursionista e ingeniero reusense. Al parecer los motivos eran los datos arqueológicos aportados por Santiago Vidiella, alma mater del *Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón*, tras una estancia en el balneario de Fonté, sin que conste mención alguna sobre los apuntes de Gomis, algo realmente extraño, pues en Barcelona eran sobradamente conocidos. En todo caso uno de los lugares visitados de nuevo es Palermo I donde se descubren varios fragmentos de estelas ibéricas que publicaría Bosch unos años más tarde (Bosch 1923:



Figura 1. a) Situación geográfica de Palermo y sus diferentes áreas. b) Poblados considerados representativos del modelo regional defensivo entre los siglos III y I a.C. en el Bajo Aragón (círculos). Los puntos cuadrados indican los hallazgos de estelas ibéricas decoradas del Bajo Aragón.

655). Por su parte, y con posterioridad, Lorenzo Pérez Temprado a la par que realizaba los trabajos arqueológicos en La Tallada durante el cambio de década de los años veinte a los treinta del siglo pasado inició una serie de campañas en Palermo, pero por los testimonios gráficos y los dejados en el terreno sabemos que tales tareas solo se desarrollaron en lo que después se llamó Palermo III-IV.

No será hasta las prospecciones de Manuel Pellicer en los cincuenta que el lugar regrese a la bibliografía por labores científicas desarrolladas en él para la realización de su tesis doctoral y habrá que esperar a los ochenta cuando Andrés Álvarez vuelve a excavar, pero en la zona prehistórica (Álvarez 1990).

El sistema defensivo meridional de Palermo I

Palermo I no ha tenido nunca una excavación arqueológica científica. A pesar de ello y a partir del análisis de materiales cerámicos de nuestras prospecciones junto con las referencias de Manuel Pellicer podemos suponer con cierta verosimilitud su ocupación entre los siglos VI y I a.C. aunque con un marcado predominio de elementos fechables entre el II y I a.C., siendo esta última la centuria en la que se produjo su destrucción definitiva (Melguizo 2005: 42-43).

Respecto a la extensión que pudo tener el poblado ibérico entre los siglos III a.C. y I a.C., Manuel Pellicer consideró que los restos en la cima y la laderas de la

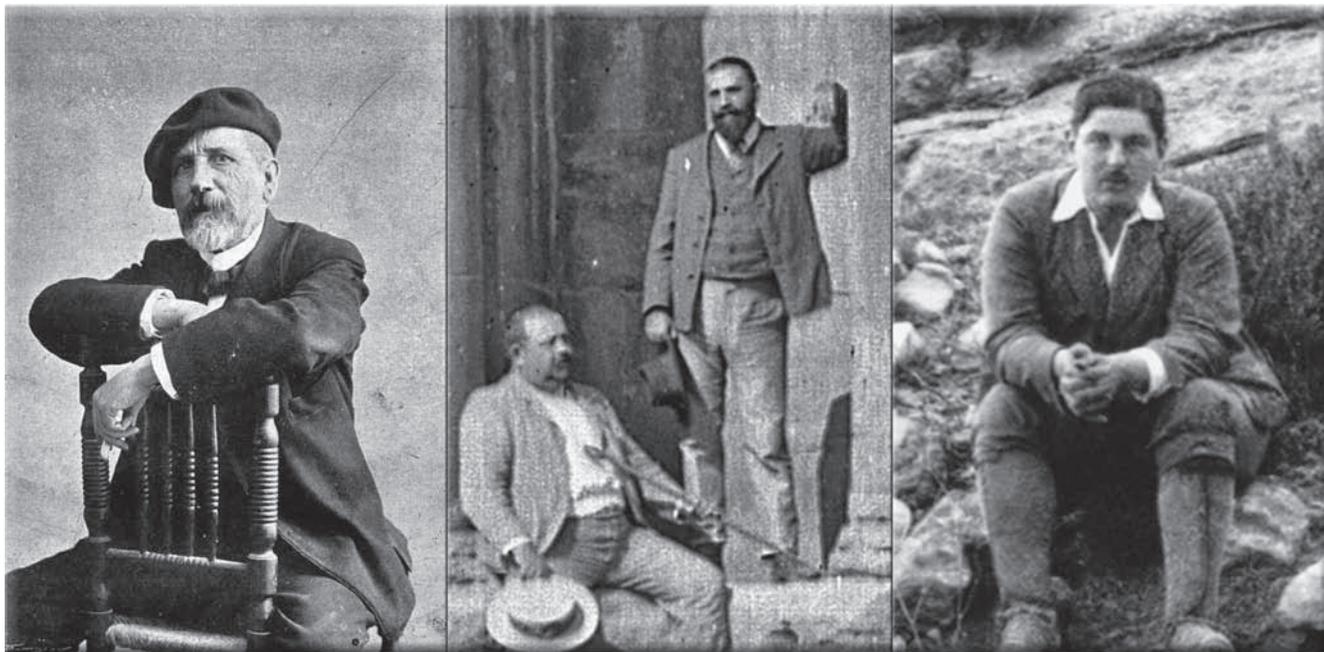


Figura 2. De izquierda a derecha: Cels Gomis; Santiago Vidiella (sentado) junto a Lorenzo Pérez Temprado en el Mausoleo de Fabara a principios del siglo XX y Pere Bosch Gimpera en la excavación de Tossal Redó.

continuación del paleocanal hacia el norte pertenecen a otro poblado: Palermo II (Pellicer 1951: 395; Pellicer 2004: 104). Ciertamente es que en algunos puntos de esa parte superior los materiales cerámicos y estructuras parecen ser del Bronce Final, pero ya señalaba que en las viviendas de la pendiente se recogen en superficie materiales ibéricos. Nosotros proponemos la unidad de los dos asentamientos. Además se añadiría al conjunto, dada la concordancia temporal de los hallazgos y su inmediatez, el área al oriente también diferenciada por Pellicer como Palermo V. Así se vendría a confirmar un modelo de poblado durante el Ibérico Tardío como el deducido de Torre Cremada en el Matarraña (Moret 2003: 170-172) o del cercano de La Tallada (Melguizo 2005: 28-29) con edificaciones en las laderas y pies de ellas, bajo el amparo de una acrópolis.

A pesar de la falta de excavación son varias características las que denotan un destacado grado de complejidad y sin duda es la zona sureste el principal ejemplo.

Allí la acrópolis alcanza su mayor altura. En algún momento una excavación incontrolada puso en evidencia parte de la esquina suroeste de una gran torre a tenor de lo cual podemos aventurar que se trata de una construcción de planta cuadrangular de considerable envergadura. El ancho de sus muros de mampostería supera el metro. Hacia su lado este y sobre el cordón arenisco se levantaron al menos dos plataformas escalonadas de contención para asegurar su sustento. El lienzo meridional de ella da paso a sus pies a un primer foso excavado sobre la misma roca de unos 5,2 m de anchura en la base que no llega a seccionar completamente en vertical el paleocanal. En su contraescarpa se construye un muro (2,5 m de ancho) cuyo zócalo incluye paramentos de tamaño superior al metro. Al otro lado encontramos

un nuevo foso que esta vez sí, prácticamente lo corta en toda su potencia vertical de 7 metros. Con una medida en su base de 5,3 m va abriendo su sección hasta su nivel superior donde alcanza algo más de 6. Las dos paredes de esta gran trinchera ponen en evidencia su origen al estar cubiertas de huellas del piqueteo perfectamente visibles.

Continuando hacia el sur del relieve seccionado nos topamos con una muralla avanzada (2,6 m de ancho) también erigida con piedras de gran módulo. Su desarrollo en planta hacia el oeste se encuentra completamente perdido al haberse producido un desmoronamiento erosivo masivo. Es hacia oriente donde podemos seguirlo. Sus hiladas continúan perpendiculares al eje del paleocanal hasta su base para comenzar a describir una curva hacia el norte de forma que aíslan y protegen uno de los elementos sin duda fundamentales y vitales del conjunto del yacimiento: la balsa y el pozo excavado en la roca para acceder a ella desde la acrópolis. Tras alcanzar unas grandes rocas naturales las ruinas de un gran corral moderno impiden saber más sobre su continuidad de trazado en superficie.

El esfuerzo para defender los recursos de agua parece obvio aunque también se trata de un elemento que puede jugar un papel activo en la defensa como relativo obstáculo.

Resulta claro que entre nuestras carencias se encuentra la secuencia cronológica que nos informe sobre la génesis y evolución de todos estos elementos defensivos, salvo tal vez su destrucción. A falta de criterios estratigráficos, podríamos considerar razonable que la planta y el aparejo visible de la torre cuadrangular tienen un paralelo muy próximo en la del Espacio 1 de la Zona 2 de El Palao (Alcañiz, Teruel). Allí durante el Ibérico Tardío (III y II a.C.) se reformó una torre anterior de planta oval, añ-

diendo al exterior paramentos (Moret 2005-2006: 172) hasta dejarla como la que hallamos en Palermo, y además en una posición física en el poblado muy similar, justo sobre borde de un foso excavado en la roca. Por ello no consideramos descabellado que el origen temporal de su edificación sea bastante similar. Para el resto de las estructuras comentadas, y aunque su configuración sin duda pudo ser diferente en momentos anteriores (al igual que la planta de la misma torre dado el ejemplo de El Palao), su estrecha vinculación nos hace suponer que al menos a partir de esa fecha del Ibérico Tardío convivieron como grupo defensivo meridional.

Por lo que respecta al resto de fortificaciones identificables en Palermo una excavación clandestina puso al descubierto varios muros entre los que destaca el más occidental que posee una planta semicircular. Sus dimensiones pudieron permitir interpretarlo como otra torre (Melguizo y Moret 2007: 318).

Las pendientes norte y este son las más abruptas. Esto no supuso la falta de ocupación de la zona. Son numerosos los muros que delimitan viviendas, bastante distorsionados y arqueados por la evolución erosiva de ladera. A pesar de ello, los grandes módulos de algunos de sus paramentos, así como los similares de un gran muro que desciende perpendicular a ellos puede ser síntoma de elementos defensivos ahora difíciles de interpretar.

El sistema defensivo septentrional de San Antonio

Si bien en este caso nos encontramos ante un poblado excavado en su mayor parte a principios del siglo XX, la evolución en sus diferentes fases ha sido objeto de algunas matizaciones hasta la actualidad. Nos parecen muy razonables las argumentaciones que Pierre Moret *et al.* han realizado y que establecen que a lo largo del siglo III a.C. (aunque como ellos señalan el punto de apoyo para establecerlo se basa en la calidad excepcional del aparejo poligonal de los muros de la torre) el primitivo poblado de San Antonio aumenta su extensión con la construcción de un nuevo barrio y la elevación de un sistema defensivo en la ladera septentrional compuesto por torre semicircular, balsa y antemural. El conjunto sería destruido en torno a finales de ese siglo o inicios del II a.C. (Moret *et al.* 2006: 160) aunque en nuestra opinión podría descartarse esa segunda centuria¹

1. Discrepamos en la identificación realizada sobre alguno de los vasos a partir de las fotografías publicadas en Cabré 1984: figs. 6, 7 y 9. Según Moret *et al.* (2006: 161-162), se identifica una "Copa de Campaniense A, forma 27 Ba, decorada con cuatro palmetas radiales (Cabré 1984, fig. 9.2; [...]). A falta de información sobre la pasta y la decoración, sólo podemos proponer una horquilla cronológica amplia, entre 225 y 115 a. C. La cronología de esos tres vasos abarca pues, al menos, dos siglos y medio y, sin embargo, los tres estaban en uso cuando se produjo la destrucción del poblado, cuidadosamente guardados unos al lado de otros en el sótano de una vivienda". En nuestra opinión y contando evidentemente con las mismas limitaciones al observar fotografías y dibujos, debemos hacer las siguientes consideraciones:

—La forma 27Ba referida y su cronología más antigua asumida (aunque no la más reciente) responden a la clasificación establecida por M. Py (Py 1993: 148). Señala este investigador

y ajustarse más a los últimos años del siglo III a.C.

El torreón curvilíneo de San Antonio de Calaceite, situado cerca de una puerta, al extremo norte del barrio nuevo, constituía el punto clave de las defensas (Moret 1996: 424-425; Romeo 2002: 179-180; Moret *et al.* 2006: 157). Los paramentos externos, incluido

que en su catalogación utiliza los números de la *Classificazione preliminare* de N. Lamboglia (1952) y los complementarios del mismo en sus artículos posteriores. Las formas sin definir, o insuficientemente definidas se inventarían proponiendo complementar la numeración ya establecida respetando la lógica o refiriéndose a la clasificación de J. P. Moret (1981). Lo primero a señalar es que tal punto de vista supone regresar a los problemas de la de Lamboglia, que generaba confusiones sobre formas o llamaba a una misma de dos maneras diferentes. Por si esto fuera poco y cuando casi todo el mundo está de acuerdo en que las formas 27 pueden ser *a*, *b* o *c* (orden de dibujos en la *Classificazione preliminare*) o mezcla de *ab*, más la 27B definida en Giannutri, se crean dos variantes más *Ba* y *Bb*, haciendo referencia al autor italiano pero publicando dos vasos nuevos. Lógicamente si añadimos *Ba* debería ser un cuenco de pequeño formato con decoración de roseta que publicó Lamboglia y no el grande con palmetas que muestra M. Py. Menos comprometido sería referirse a los géneros y familias ya establecidos y asentados por J. P. Moret y en los que perfectamente entran estas dos variantes de M. Py.

—Si nos fijamos más en la fotografía de la fig. 7 de la publicación de Cabré (1984: 31) que corresponde exactamente con el dibujo en perspectiva mostrado en la fig. 9 (Cabré 1984: 33) el borde no es exvasado sino que parece reentrante por lo que correspondería mejor con la F 2760 de J. P. Moret. La decoración interior también parece muy particular según el dibujo: cuatro palmetas de base plana distribuidas en cruz alrededor de tres círculos concéntricos. El grupo de cuatro está rodeado por dos círculos más y a partir de ellos parecen insinuarse mediante trazos líneas de ruedecilla densas y amplias. Esta asociación y distribución no se da en ningún caso de Campaniense A italiana.

A este respecto pensamos que son aclaradoras las notas de E. Sanmartí (1975: 109) cuando se refiere a otro vaso documentado en San Antonio, donde "se advierte una decoración integrada por cuatro palmetas de base plana, provistas de un tallo vertical que cerca de su extremo distal tiene un corto trazo horizontal que convierte a dicho tallo en cruciforme, alrededor de un círculo hecho a mano que no llega a cerrar; todo el conjunto así descrito se halla, a su vez, rodeado por una densa banda de estrías a ruedecilla fruncidas. A su vez entre las palmetas y la banda de estrías, se encuentra un círculo, seguramente el de color rojo del que habla Pallarés, en su descripción de la base, que tampoco llega a cerrar; finalmente sobre la banda de estrías se advierte también la existencia de otro círculo, que podría corresponder a la huella del pie que dejara la base correspondiente al vaso que fue cocido sobre el que nos ocupa [...] Salvado el hecho de tener cuatro palmetas impresas en lugar de tres, la decoración de esta base tiene todas las características de la que es propia del taller de las páteras de las tres palmetas radiales de Rhode...".

Pensamos igualmente que estos dos fondos decorados de San Antonio son muy similares y probablemente producidos en el taller de la colonia griega de Rhode. Con ello la cronología más reciente del conjunto de los tres vasos encontrados por Cabré en una misma habitación en San Antonio y considerados como amortizados en un mismo momento: *stemlees* ático barnizado en negro, Skyphos 4342a y la producción del Taller de las Tres Palmetas Radiales, subiría unos años respecto a su consideración como producción itálica, pues su fabricación y distribución se realizó entre finales del IV inicios del III, hasta los años 210-200 (Principal 1998: 94). La presencia de Campaniense A entre el resto de materiales hallados en el poblado, y precisamente con la forma Lam. 68bc, tampoco sería algo extraño en esos momentos de finales del siglo III, como ejemplos de sus primeras exportaciones.

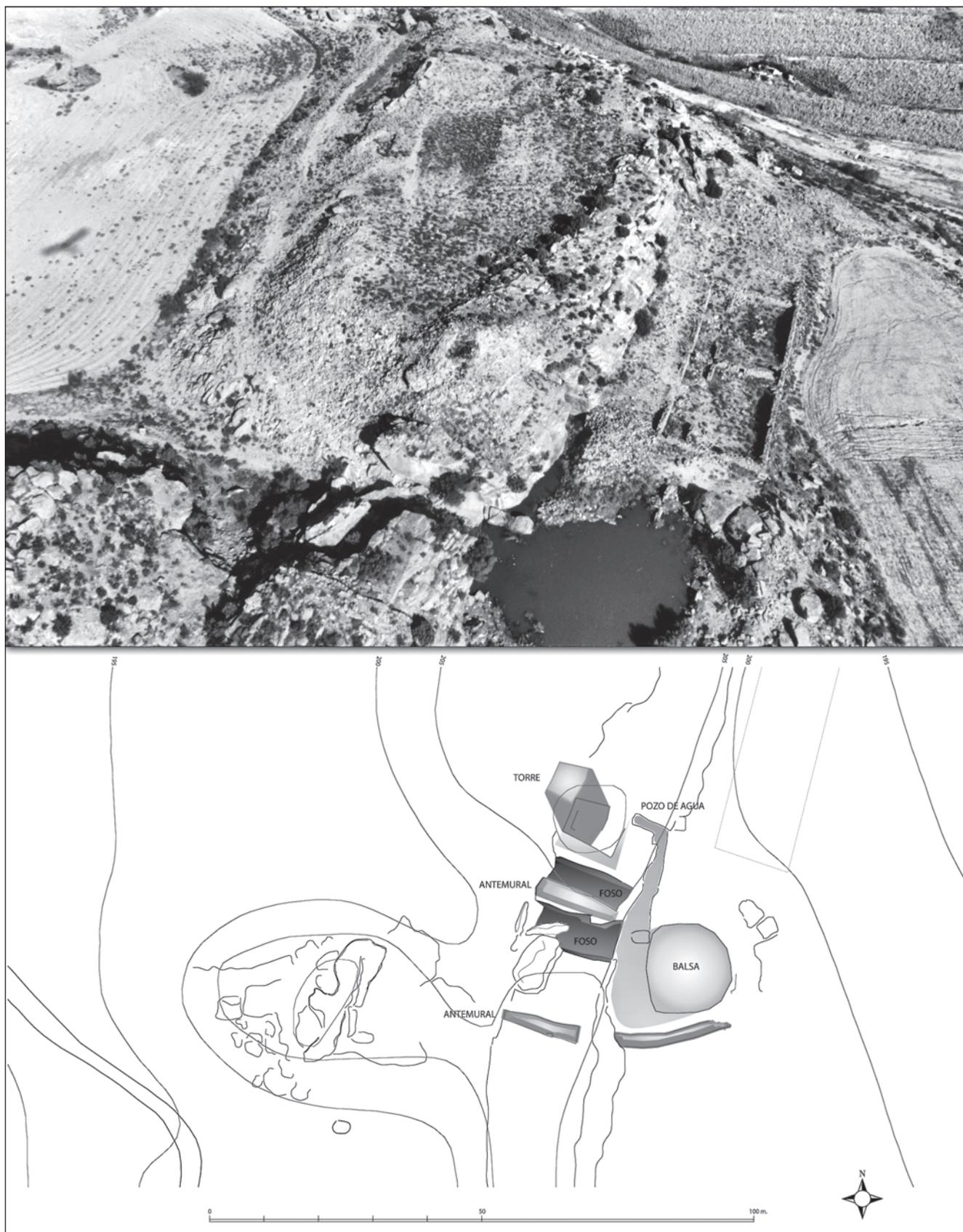


Figura 3. a) Vista desde el sur del conjunto defensivo de Palermo I. b) Reconstrucción esquemática sobre la planimetría del escalonamiento defensivo meridional de Palermo I.

el del muro de fondo, están cuidadosamente dispuestos, con un aparejo entre rectangular y poligonal muy similar a los de Els Castellans y Torre de Foios, en tanto que los paramentos de la cámara interna son muy toscos.

P. Moret señala que la torre ocupa un lugar que a primera vista parece poco adecuado para la defensa del poblado: está situado en su punto más bajo y en el fondo de un ángulo entrante. Sin embargo, combinado con una balsa artificial destinada a recoger las aguas pluviales (Bosch 1931: 77 y fig. 147), dificultaba el acceso, obligando al posible atacante a seguir un recorrido en zigzag, costeano el torreón de oeste a este por el estrecho terraplén que lo separa de ella, antes de llegar a una puerta muy estrecha, pegada al escarpe rocoso y casi escondida detrás del torreón (Moret *et al.* 2006: 159).

A este respecto y en lo que constituye una de nuestras hipótesis en este trabajo, hemos de señalar que no parece haberse tenido mucho en consideración el resto de estructuras fuera del recinto del poblado al norte, en la ladera que debía constituir de hecho el acceso normal al poblado dado que es la más accesible por la pendiente y precisamente es ahí donde se construyó la puerta, la torre, un antemural que a su vez retiene la balsa y un foso cortando el apéndice final de un paleocanal del sustrato.

Como señalaba Bosch (1931: 79-80), delante de la puerta se excavó una balsa para recogida de aguas de lluvia que desde las calles del poblado vierten a este lugar, su límite septentrional queda delimitado por un potente muro de cierre cuya cara interior está revestida con pared de mampostería, mientras que la cara externa descende en talud y terminaba en unas hiladas de grandes piedras que sostienen la tierra que lo forma en gran parte. Para bajar a la balsa desde la puerta había una escalera con peldaños de mampuestos que aprovechan el desnivel de la roca base. Al exterior de los pies del gran muro de cierre hay una zona llana en la que se observan varias rocas de los paleocanales de base del poblado con señales de haber sido talladas. Al norte varios muros largos (dos paredes encaradas) delimitan un recinto en el que se comprobó la existencia de un pavimento empedrado formando posiblemente una entrada con límite meridional en la pared exterior del terraplén de la balsa. Para todo ello Bosch pensó en una funcionalidad defensiva y/o de cercado de ganado.

En nuestra opinión, y a razón del paralelo de Palermo I, esas *paredes* en la roca de uno de los paleocanales son la escarpa y contraescarpa de un foso excavado sobre la arenisca de base, de hecho la primera va casi a línea según las plantas publicadas, con ese zócalo de piedras grandes de la base del talud exterior del muro de la balsa, conformando así delante del poblado hacia el norte, un desnivel artificial muy considerable, sobre el que además se elevaría un largo, pero tal vez menos ancho que en sus cimientos, antemural con mampostería al exterior. Esa zona llana entre muros y rocas sería así parte del camino de acceso, que al llegar a la base del poblado

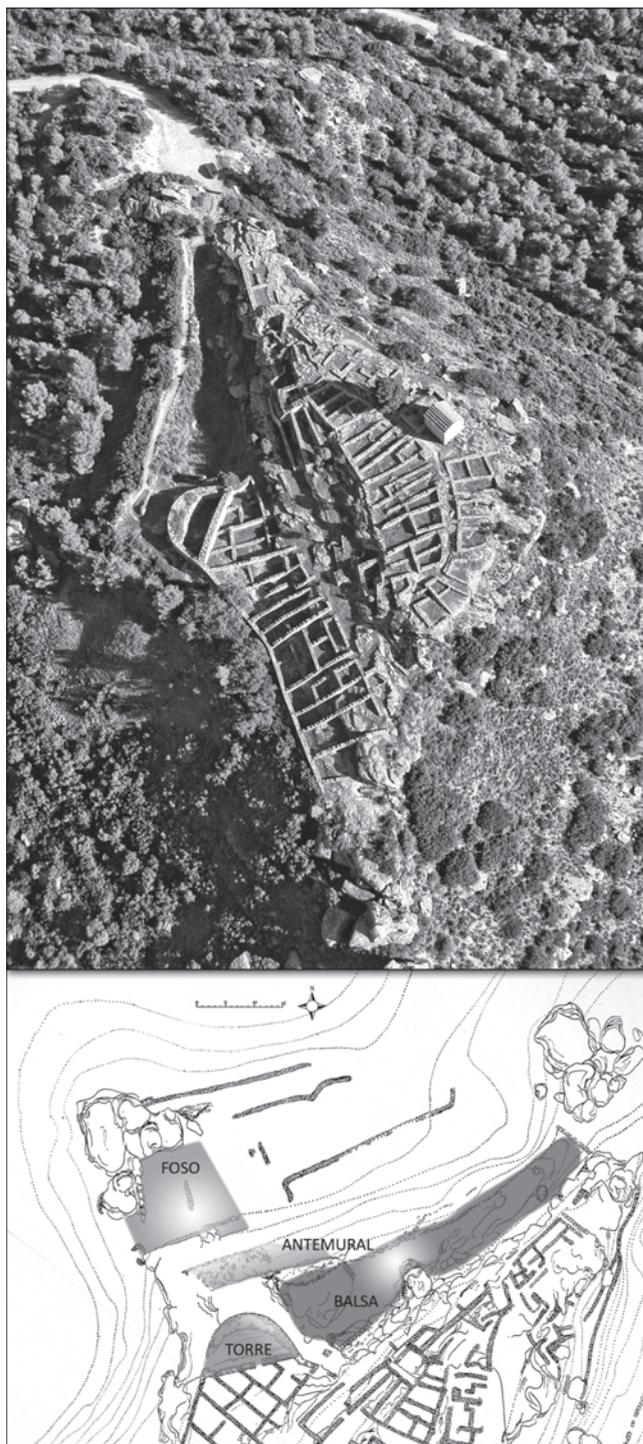


Figura 4. a) Vista desde el oeste del conjunto defensivo de San Antonio. b) Patrón defensivo similar al de Palermo I en San Antonio.

se encontraba con un muy potente talud artificial, sobre él un antemural menos masivo y detrás la torre, de forma que obligaba, como muy bien señala P. Moret, a llegar a la puerta real, escondida junto a la torre, desplazándose en zigzag y a diferentes niveles según se ascendía, quedando el enemigo expuesto al fuego defensivo primero desde lo alto del antemural y después desde la torre o desde ambos.

Variantes de un Estilo Regional: similitudes entre Palermo I y San Antonio

Hemos planteado (Melguizo y Moret 2007: 320) la existencia de un estilo defensivo regional en los poblados ibéricos entre los siglos III y I a.C. en el actual Bajo Aragón con muralla/torre curva, fosos y antemurales. Adaptación particular era el caso de Palermo I: antemurales, fosos con diferente profundidad y torre de planta cuadrangular. En el presente análisis proponemos que tal modelo no es exclusivo de él solo. Si analizamos su esquema podemos observar un patrón similar (aunque evidentemente no estandarizado estrictamente) que también se repite en San Antonio de Calaceite: foso, antemural, balsa de agua y torre. En el caso de este último la cronología para su destrucción nos lleva a finales del siglo III a.C. asociada a una torre curvilínea, mientras que en el yacimiento caspolino, ha cambiado la planta y el abandono es posterior, durante el siglo I a.C.

En todo el Bajo Aragón las torres redondas son mayoritarias respecto a las cuadrangulares durante toda la Edad del Hierro, su origen debe llevarse a momentos anteriores de la formación de la propia cultura ibérica, en la Edad del Bronce (Moret 1996: 204) y permanecen activas en los poblados hasta, en algunos casos, mediados del siglo I a.C. (Melguizo y Moret 2007: 313). También existen ejemplos de las minoritarias: barrio alto de San Antonio de Calaceite (Moret *et al.* 2006), El Taratrato de Alcañiz (Burillo 1982: 61; Moret 1996: 420), El Cabo de Andorra (Benavente 2004: 14), La Tallada de Caspé y la meridional de Palermo I (Melguizo 2005). Los tres primeros enclaves son habitados, destruidos, abandonados o reformados durante la primera mitad del Ibérico Pleno, mientras que los dos últimos parece asumible que estuvieron en uso a finales de ese periodo o en el Ibérico Tardío, aunque su edificación original tal

vez sea anterior. Igualmente pudieron convivir con elementos defensivos curvos (localizados de hecho en los mismos asentamientos aunque desconocemos su cronología concreta) y en esta zona del Bajo Aragón zaragozano en el Ibérico Tardío, existiría un mayor arraigo del modelo poligonal para las torres.

Parece evidente que la presencia de un modelo redondeado o poligonal, o su evolución formal y cronológica, responden a un conjunto de circunstancias más complejas. Como bien analizó P. Moret (1996: 204-213) responden a dos tradiciones divergentes y como acabamos de apuntar: una está dentro de la tradición local rastreable en la Edad del Bronce y la otra incluida dentro del movimiento orientalizante de los siglos VII y VI a.C. y cuya introducción habría que poner en relación con los fenicios (Moret 1996: 210).

Únicamente hemos de apuntar que pudiera ser razonable hallar bajo los paramentos visibles de las de Caspé otras de tendencia circular reutilizadas. Como decíamos algunas líneas antes, en la torre de la Zona 2 de El Palao (Alcañiz, Teruel), durante el Ibérico Tardío (III - II a.C.) se reformó una anterior de planta oval, añadiendo al exterior paramentos (Moret 2005-2006: 172) hasta dejarla como la que vemos en Palermo y lo mismo se ha constatado en las recientes reexcavaciones de las torres de la acrópolis de Azaila (Zaragoza) (Beltrán *et al.* 2010). No llegó a producirse esta evolución en el caso de la torre circular T-3 de L'Assut en el Bajo Ebro (Tivenys, Tarragona). En su fase Assut 2 a mediados del siglo V a.C. se superponen una serie de muros concéntricos que no significan un cambio de planta, mientras que en la fase Assut 3 de finales del siglo III a.C. la edificación defensiva es destruida, pero no reacondicionada ni transformada después, a pesar de la continuidad del poblado hasta finales del II o principios del I a.C. (Diloli 2009: 123-124). Tampoco en San Antonio de Calaceite, arrasado a finales del III a.C., pudo producirse el cambio con posterioridad, dado que nunca se reocupó.

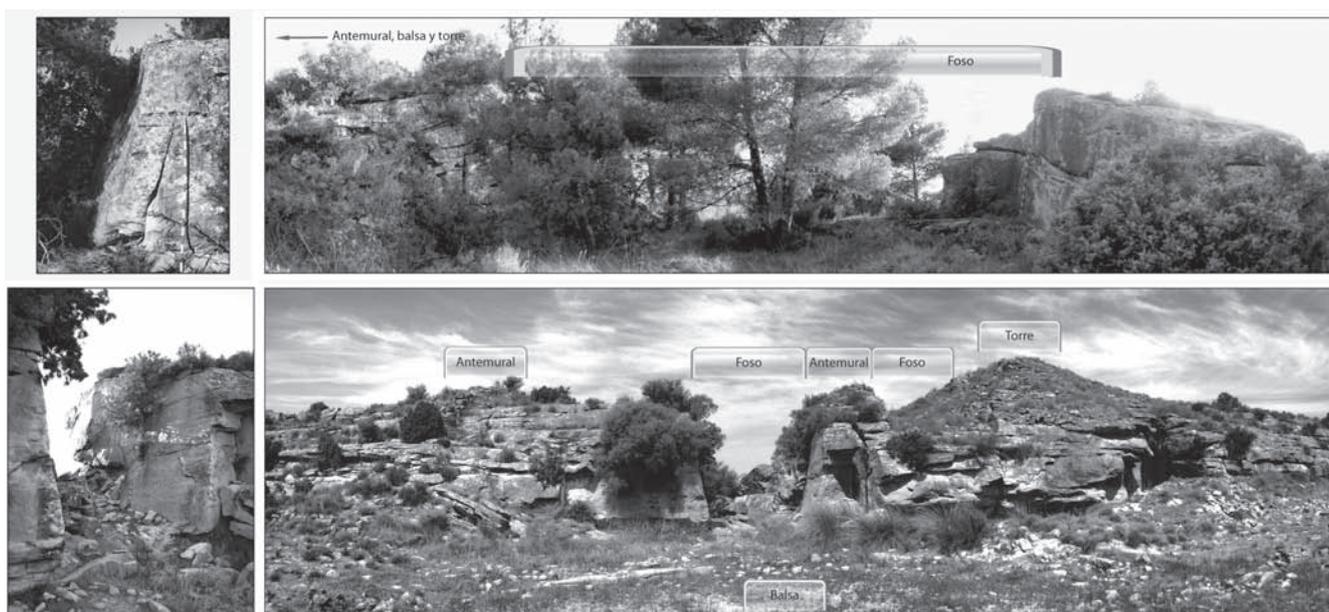


Figura 5. a) Escarpa sobre la roca de San Antonio y panorámica del foso excavado en el paleocanal al noroeste de la torre y antemural. b) Escarpa y contraescarpa de Palermo I y panorámica del sistema defensivo meridional.

De todas formas, también pudiera estar dentro de lo razonable que las torres del Bajo Regallo estén más influenciadas por los modelos de ese mismo cauce más meridionales y cercanos de inicios del Ibérico Pleno: El Tartrato (Alcañiz, Teruel) y El Cabo (Andorra, Teruel), pero evidentemente a falta de excavaciones en los primeros solo podemos plantear hipótesis.

Por otro lado es interesante destacar que en los dos ejemplos que tratamos la balsa se engloba dentro del conjunto defensivo otorgándole así algo más que su evidente destino como almacenadora del recurso hídrico, y no dejando de tener en cuenta lo apuntado (Melguizo y Moret 2007: 313) sobre la evolución en las torres a lo largo de este periodo que delata la acentuación del papel simbólico y ostentatorio, sumando además elementos a los conjuntos defensivos como estos que comentamos, cuya real efectividad militar parece, cuando menos, algo cuestionable pero cuyo impacto visual no debía ser despreciable. Ese papel simbólico de las defensas, que supera a la ingeniería militar pragmática necesaria para enfrentarse cada vez de forma más habitual con ejércitos de tipo helenístico, inmerso en la concepción del mundo de finales del Ibérico Pleno y Tardío del actual Bajo Aragón, nos da pie a presentar sobre la cartografía la comparación de la distribución de dos elementos en el siguiente apartado.

Yacimientos asimilables al estilo regional defensivo entre los siglos III y I a.C.: hipótesis de correlación con los hallazgos de estelas ibéricas del Bajo Aragón y definición del área ositana

F. Burillo planteó hace unos años la posibilidad de asimilar el territorio en el que se distribuyen los enterramientos tumulares con el de las estelas del Bajo Aragón a la hora de definir unos indicadores étnicos de los ausetanos del Ebro u ositanos. Si bien él mismo consideraba entonces que el camino de análisis mediante estos parámetros arqueológicos quedaba truncado, pues debía buscarse el origen de esta etnia en el surgimiento de una ciudad estado (Burillo 2001-2002: 185-186). A ello habría que añadir que la base de la correlación pensamos que resultaba inapropiada, pues se comparaban dos elementos heterogéneos: si bien los primeros, evidentemente, se relacionan íntimamente con el mundo funerario, los segundos, a pesar de ser considerados en la mayoría de las ocasiones como partes de ese ceremonial, jamás han mostrado explícitamente esta característica. Así y como señala M. Pellicer, para subsanar la ignorancia sobre el ritual del enterramiento ibérico (Pleno y Tardío) en toda el área que tratamos se le ha atribuido tal papel a las estelas, aunque “Su carácter funerario resulta improbable, puesto que ninguna de ellas se ha podido relacionar con ningún enterramiento” (Pellicer 2004: 107) y las interpretaciones hechas sobre los escasos restos epigráficos que asocian, se retroalimentan en ese bucle de creerlas a priori funerarias. Se ha asumido además, sin apenas dudar que la dominante de su iconografía es pictográfica. Dentro de los escasos ejemplos en los que por esa

vía podemos interpretar algo de ellas, se vuelve a dar por hecho que entre las figuras existe la trama de una acción, un espacio-tiempo lineal muy próximo a nuestra manera de pensar contemporánea pero no se tiene muy en cuenta la posibilidad mitográfica, en el sentido atemporal: “las figuras agrupadas no presentan otro vínculo entre ellas que el ritmo de la composición, ni otra animación que aquella que les fue concedida por un relato cuyo contenido se perdió con aquellos que lo recitaron o tenían presente” (Leroi-Gourhan 1975: 52-53).

Casi todas han aparecido o bien dentro de los poblados o bien en sus inmediaciones y no por casualidad, y en este caso son paradigmas Palermo I y San Antonio, donde Bosch Gimpera cuando las descubrió recalca: “Les de Palermo Casp es trobaren sense cap mena de dubte, dintre d'un poblat. Aquest fet, reforçat per una troballa semblant que tingué lloc en el de Sant Antoni de Calaceit, permeten dubtar de la destinació funerària, almenys d'una part dels monuments en qüestió” (Bosch 1923: 655).

En nuestra opinión han aparecido donde estaban o en las inmediaciones, es decir, debían formar parte de elementos urbanos cargados de sentido como formas de expresión comunitaria: “Las estelas grabadas corresponden probablemente a monumentos conmemorativos, votivos o simplemente relativos a señalizaciones de los límites territoriales de clanes” (Pellicer 2004: 107). En definitiva su vinculación a lo urbano, a la génesis y desarrollo de la Ciudad Estado, a los símbolos socioculturales de identidad mítica de una comunidad (y sus jerarquías) les harían formar parte del mismo conjunto y contenido que venimos argumentando para el *Estilo Defensivo Regional* entre los siglos III y I a.C. en el Bajo Aragón. Serían parámetros arqueológicos válidos por su contenido simbólico, homogéneos, contemporáneos, indicadores étnicos y estarían definiendo el espacio físico de una hipótesis filológica, la de los ausetanos del Ebro (Jacob 1987-1988) u ositanos (con la propuesta de establecer una relación etimológica entre el etnónimo y el nombre de la ciudad principal Osicerda) (Benavente *et al.* 2003: 242-243; Moret *et al.* 2006: 268-270). Es evidente que como señala P. Moret debemos evitar la utilización de ese teórico nombre como si se tratara de un dato histórico positivo (Moret *et al.* 2006: 270), pero pensamos que cada vez resulta más evidente la diferenciación de este grupo ibérico de su entorno.

Estos dos elementos arqueológicos tangibles que plasman y contienen una parte significativa de la concepción simbólica de lo común frente a lo externo, pueden ser compatibles con algunos de los criterios que en la cultura material proponen Moret *et al.* (2006: 269-270), caso del pequeño tamaño de los asentamientos o la concentración en esta zona de torres redondas o curvilíneas, pero no consideramos adecuada su correspondencia con otros como la tinaja cerámica de tipo “Ilduradin” o los molinos “de montera” que pueden reflejar más bien gustos o tradiciones locales que no necesariamente se incluyen en el ámbito de la identidad mítica o real de una comunidad.

Por el momento, como reflejamos en la figura 1, las estelas halladas se distribuyen de forma similar

a ese *Estilo defensivo* en un espacio coincidente y en un marco cronológico de finales del Ibérico Pleno e Ibérico Tardío que podría unir la desembocadura del Regallo (La Tallada y Palermo I), la depresión de Valmuel (La Caraza, Cabezo del Moro y El Castellar de Puigmoreno), el entorno de las zonas endorreicas de Alcañiz y parte del cauce del Guadalope (Tiro de Cañón y El Palao como núcleo principal), el cauce del Mezquín (Santa Bárbara de la Codoñera —Benavente *et al.* 1995—) y la margen derecha del Matarraña entre los actuales Calaceite y Valderrobres (San Antonio, Castellans, Mas de Madalenes, Mas de les Perchades y Torre Gachero).

Pero esta hipótesis también deja cabos sueltos, con dos enclaves que tienen estelas pero que no asocian el modelo defensivo:

El Acampador² en la desembocadura del Guadalope junto al Ebro. Entre esta zona y subiendo las aguas del primer río hasta el actual entorno de Alcañiz, a pesar de haber sido prospectado desde hace años, no encontramos apenas poblados ocupados atribuibles a finales del Ibérico Pleno e Ibérico Tardío en comparación con la densidad abrumadora del cercano cauce del Regallo a poniente.

El Palomar de Oliete (Vicente *et al.* 1990) en el río Martín, del que desconocemos su sistema de fortificación, queda igualmente separado por un vacío considerable hacia su oriente. Es precisamente esta parte suroccidental la que peor queda definida en nuestra hipótesis, mientras que el poniente finalizaría no mucho más allá del Regallo, puesto que aguas abajo del Martín, desde El Palomar, no existen coincidencias con los elementos patrón propuestos en los poblados de similar periodo.

Al noreste del núcleo que acabamos de definir (ya señalado el interesante *vacío* para esta época de poblados del curso final del Guadalope) aguas abajo del Matarraña, los enclaves ibéricos que pueden haber sido habitados en estas fechas, caso de Tossal Gort (Martín Bueno 1977) en Maella y Singlos de Muntfalla (Vallespi 2001: 59) en Fabara, en lo hoy visible, no muestran ninguna coincidencia con estos dos elementos, en un terreno físico idéntico, que permite, valga el ejemplo, excavar igualmente fosos sobre los numerosísimos paleocanales que lo componen o sobre los que se asientan.

A oriente el Algars parece ser la divisoria clara, pero pudiera matizarse en el futuro teniendo en cuenta la existencia del poblado con ocupación ibérica (fechado por elementos de prospección entre los siglos VII y III a.C.) de Mas de Manresa (Horta de Sant Joan) con un foso excavado en la roca base del paleocanal (Puch 1996: 91-92, fig. 28). El límite meridional en el Guadalope podría estar indicado por los yacimientos de Cerro Castiel o “El Castell” de Calanda (Pellicer 1962: 73) en la confluencia de este río y el Guadalopillo —junto con el ahora sumergido bajo el embalse de Calanda de Campo Consejo (Sanz 1970: 15)— donde ya no encontramos esos sistemas defensivos ni las estelas. Los Ports de Beseit al sur de Valderrobres acotarían el margen meridional en el Matarraña.

Procedencia de las fotografías:

Cels Gomis, Fototeca.cat-D.Campos.

Santiago Vidiella y Lorenzo Pérez Temprado en Fabara (detalle), archivo fotográfico Juan Cabré.

Bosch Gimpera en Tossal Redó (detalle), Museu d'Arqueologia de Catalunya.

Vista aérea de San Antonio: Consorcio Patrimonio Ibérico de Aragón.

Planta parcial de San Antonio: Martorell, Carreras y Gudiol.

Resto de planos y fotografías: Salvador Melguizo Aísa.

Salvador Melguizo Aísa

Grupo de Investigación de la Universidad de Zaragoza
Primeros Pobladores del Valle del Ebro (PPVE).
smelguizo@gmail.com

2. Hallazgo aislado de cualquier otro elemento arqueológico de tres estelas reutilizadas en banales junto a la carretera de Caspe a Alcañiz (Martín Bueno y Pellicer 1980: 407). Pudieran haber sido trasladadas desde Caspe, situado a tres kilómetros, donde se citan algunos hallazgos cerámicos ibéricos (siglos VI y V a.C.) en el entorno de su Colegiata (Pellicer 2004: 105). Aparte de esos mínimos datos, carecemos absolutamente de cualquier aproximación arqueológica sobre el Ibérico Pleno o Tardío en la ciudad. En los alrededores del concreto hallazgo fortuito, no hay nada coetáneo arqueológicamente relevante que se pueda poner en relación.

Bibliografía

- ÁLVAREZ, A. (1990). El Bronce Final y el Hierro Inicial en la región aragonesa. *Estado Actual de la arqueología en Aragón*, I (Zaragoza): 97-132.
- BELTRÁN LLORIS, M., CHAUTÓN, H. y LORENZO, J. I. (2010). *El Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*. Conferencia impartida en *Curso de Aragón Antiguo. Estado de la cuestión. 2010*, Zaragoza, 2-25 de noviembre de 2010. Inédito.
- BELTRÁN MARTÍNEZ A. (1989-1990). Notas sobre las excavaciones del yacimiento ibérico del Tiro de Cañón (Alcañiz) en 1968. *Kalathos*, 9-10 (Teruel): 125-133.
- BENAVENTE, J. A. (2004). El traslado y reconstrucción del poblado ibérico de El Cabo (Andorra, Teruel): una alternativa a la destrucción del patrimonio ibérico. *Museo de Zaragoza - Boletín*, 18: 11-24.
- BENAVENTE, J. A. (1983-1984). El poblamiento ibérico en el Valle Medio del Regallo (Alcañiz, Teruel). *Kalathos*, 3-4 (Teruel): 172-173.
- BENAVENTE, J. A., PARACUELLOS, P., PASCUAL, R., SALOMÓN, T. y VILLANUEVA, J. C. (1995). *Arqueología de La Codoñera y la Cuenca del Mezquín*. Alcañiz, sin paginación.
- BENAVENTE, J. A., MARCO, F. y MORET, P. (2003). El Palao de Alcañiz y el Bajo Aragón durante los ss. II y I a.C. *Archivo Español de Arqueología*, 76: 231-246.
- BOSCH GIMPERA, P. (1923). Les investigacions de la cultura ibèrica al Baix Aragó. *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, MCMXV-XX, VI: 641-671.
- BOSCH GIMPERA, P. (1931). Les investigacions de la cultura ibèrica al Baix Aragó. *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, MCMXXI-XXVI, VII: 72-80.
- BURILLO, F. (1982). El urbanismo del poblado ibérico de El Tartrato de Alcañiz. *Kalathos*, 2 (Teruel): 47-66.
- BURILLO, F. (2001-2002). Propuesta de una territorialidad étnica para el Bajo Aragón: Los Ausetanos del Ebro u Ositanos. *Kalathos*, 20-21: 159-187.
- CABRÉ J. (1984). San Antonio de Calaceite (Catálogo Monumental de Teruel, Tomo 1). *Kalathos*, 3-4: 7-49.
- DILOLI, J. (2009). La perduración del poder en un espacio arquitectónico simbólico. La torre T-3 del asentamiento protohistórico de L'Assut (Tivenys, Baix Ebre, Tarragona). *Trabajos de Prehistoria*, 66, 2 (julio-diciembre 2009): 119-142.
- GOMIS, C. (1881a). Regallo amunt. *Anuari de l'Associació d'Excursions Catalana (A.E.C.)*, I (Barcelona, 1880): 317-329.
- GOMIS, C. (1881b). Industrias desaparegadas de Caspe. *Anuari de l'Associació d'Excursions Catalana (A.E.C.)*, I (Barcelona, 1880): 486-493.
- GOMIS, C. (1881c). Correspondencia de Caspe (1880). *Butlletí de l'Associació d'Excursions Catalana*, II: 141-143.
- GOMIS, C. (1881d): Valdurrios. *Butlletí de l'Associació d'Excursions Catalana*, III: 234-235.
- GOMIS, C. (1881e). Una excursió al avench de Sant Pere dels Grechs. Terme de Oliete, provincia de Teruel. *Butlletí de l'Associació d'Excursions Catalana*, II: 211-215.
- GOMIS, C. (1889). Una visita al Monestir de Piedra. *Butlletí de l'Associació d'Excursions Catalana*, XI (1882): 288-299.
- GOMIS, C. (1892a). Tradicions fabarolas. *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, any II, abril-juny 1892, 5: 59-63.
- GOMIS, C. (1892b). Alguns noms topogràfics, propis de la regió que forma la frontera de la llengua catalana en la provincia de Saragosa. *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, II: 53-54.
- JACOB, P. (1987-1988). Un doublet dans la géographie livienne de l'Espagne antique: Les ausetans de l'Ebre. *Kalathos*, 7-8: 135-147.
- LAMBOGLIA, N. (1952). Per una classificazione preliminare della ceramica campana. En: *Atti del I° Congr. Inter. di Studi Liguri (Bordighera, 1950)*. Bordighera: 139-206.
- LEROI-GOURHAN, A. (1975). Iconographie et interprétation. En: *Valcamonica symposium '72, Actes du Symposium international sur les religions de la Préhistoire [Valcamonica, 18-23 septembre 1972]*: 49-55.
- MARTÍN BUENO, M. (1977). Estratigrafía en el Tossal Gort de Maella (Zaragoza). En: *Congreso Nacional de Arqueología* (14. 1975. Vitoria): 1083-1086.
- MARTÍN BUENO, M. y PELLICER, M. (1980). Nuevas estelas procedentes de Caspe (Zaragoza). *Habis*, 11: 401-420.
- MELGUIZO, S. (2005). *Íberos en el Bajo Regallo*. CEDEMAR - Institución "Fernando el Católico". Zaragoza.

- MELGUIZO, S. y MORET, P. (2007). "Las fortificaciones del Bajo Aragón entre los siglos III y I a. C.: un estilo regional. En: *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro: las murallas protohistóricas de la meseta y de la vertiente atlántica en su contexto europeo. Actas del coloquio celebrado en la Casa de Velázquez (Octubre de 2006)*: 305-324.
- MOREL, J. P. (1981). *Céramique campanienne: les formes*. Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome, fasc. 244. París.
- MORET, P. (1996). *Les fortifications ibériques, de la fin de l'âge du bronze à la conquête romaine*. Collection de la Casa de Velázquez, 56. Madrid.
- MORET, P. (2005-2006). La época ibérica en El Palao (Alcañiz, Teruel). *Kalathos*, 24-25: 155-175.
- MORET, P. (2005). Ibérisation archéologique, ibérisation linguistique: le cas du Bas Aragon, *Paleohispanica*, 5: 273-294.
- MORET, P., BENAVENTE, J. A. y GORGUES, A. (2006). *Iberos del Matarranya. Investigaciones arqueológicas en Valdeltormo, Calaceite, Cretas y La Fresneda (Teruel)*. Taller de Arqueología de Alcañiz. Casa de Velázquez. Alcañiz.
- PELLICER, M. (1962). La cerámica ibérica del Valle del Ebro. (Síntesis de una Tesis Doctoral). *Caesaraugusta*, XIX-XX: 37-78.
- PELLICER, M. (1951). Yacimientos arqueológicos en el término de Caspe. *Caesaraugusta*, 1: 389-396.
- PELLICER, M. (2004). *Panorama histórico-arqueológico de Caspe en el Bajo Aragón*. Colección Historias Municipales, 2. Zaragoza.
- PRINCIPAL-PONCE, J. (1998). *Las importaciones de vajilla fina de barniz negro en la Cataluña sur y occidental durante el siglo III a.C. Comercio dinámica de adquisición en las sociedades indígenas*. Archaeopress. Oxford.
- PUCH, E. (1985-1986). El yacimiento ibero-romano del Mas de les Perchades (Valderrobres, Teruel). *Kalathos*, 5-6: 256-264.
- PUCH, E. (1996). *El poblament ibèric i romà a la Terra Alta*. Centre d'Estudis de la Terra Alta. Col·lecció La Baralluga 3. Calaceite.
- PY, M. (dir.) (1993). *Dicocer: Dictionnaire des céramiques antiques (VIIe s. av. n. è.-VIIIe s. de n. è.) en Méditerranée nord-occidentale (Provence, Languedoc, Ampurdan)*. Lattara, 6.
- RAIS, L. (1909). Los Anales de Caspe por Valimaña (Los publica L. R.). *Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón*, Enero y Febrero de 1909: 5-20.
- ROMA, J. (1995). Cels Gomis y su trabajo en Aragón. *Temas de Antropología Aragonesa*, 5: 191-212.
- ROMEO, F. (2002). Las fortificaciones ibéricas del valle medio del Ebro y el problema de los influjos mediterráneos. En: MORET, P. y QUESADA, F. (ed.). *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. de C.)*, Collection de la Casa de Velázquez, 78: 153-188.
- SANMARTÍ GREGO, E. (1975). Las cerámicas finas de importación de los poblados prerromanos del Bajo Aragón (Comarca del Matarranya). *Cuadernos de Prehistoria Castellonense*, 2: 87-127.
- SANZ, M. (1970). *Calanda, de la Edad de Piedra al s. XX*. Reus.
- VALLESPÍ, E. (2001). Reconocimiento arqueológico del Bajo Aragón en el siglo XIX y primer tercio del XX: evocación de sus protagonistas. *SPAL*, 10: 57-73.
- VELILLA, S. (1862). *Monografía de la Ciudad de Caspe y de sus Baños de Fonté*. Barcelona.
- VICENTE, J., EZQUERRA, B. y ESCRICHE, C. (1990). *En Oliete hace dos mil años*, Museo de Teruel. Valencia.